

pues todas las potencias, así del imperio como de fuera de él, se habian pronunciado ó enemigas ó neutrales; pero cuanto mas próxima é inevitable parecia estar su ruina, tanto mayores pruebas dió de constancia y valor. Situada en la capital de Hungría, en medio de unos súbditos que conservaban muy bien la memoria del rigor con que les trataran los últimos Emperadores, no creyó tener medio mas apto para su seguridad y defensa que ponerse enteramente en manos de ellos y esperar todo de su fidelidad. Reunió á este fin los cuatro órdenes del estado, se puso en medio de ellos llevando en sus brazos al tierno archiduque su hijo, y les habló de esta manera. „La situacion en que me ha puesto la Providencia, es tal y tan llena de peligros, que no puedo esperar libertarme sino por medio de un socorro pronto y muy poderoso. Abandonada de mis amigos, perseguida de mis enemigos y acometida por mis parientes mas inmediatos, no me queda otro recurso que vuestra fidelidad, vuestro valor y mi firmeza. Pongo en vuestras manos á la hija y al hijo de vuestros Reyes que esperan de vosotros su salvacion.” Enternecidos y entusiasmados sobremanera todos los asistentes, clamaron en alta voz blandiendo sus espadas: *Muramos por nuestro Rey María Teresa*, dando repetidas veces el título de Rey á la Reina. Juraron de nuevo defenderla hasta morir, y derramaron todos un torrente de lágrimas, á escepcion de la Reina que permaneció inalterable conteniendo las suyas con un ánimo mas que varonil; pero habiéndose retirado con sus damas, dió libre curso al llanto que tan fuertemente supo reprimir.

Deliberaron luego los diputados de las provincias y resolvieron unánimemente al armamento en masa de la nacion para oponerse á los enemigos de su Soberana. Determinaron asimismo publicar una declaracion en la que escluian para siempre, tanto al elector de Baviera, como á cualquiera otro Príncipe de su casa, del trono de Hungría. A consecuencia de estos decretos se formó en menos de quince dias un ejército formidable, que marchó inmediatamente hácia el Austria; al que siguió poco despues otro no menor, segun lo habian prometido los húngaros á su Reina. En suma, el reino de Hungría que en el principio de estas turbulencias habia manifestado una frialdad é indiferencia peligrosa á los intereses de la hija de Carlos VI, porque creia ver en la corte de Viena una oposicion directa á sus privilegios y libertades, cuando desplegó su actividad al ver afirmados sus derechos, escedió á todos los demás súbditos de la casa de Austria en el celo y firmeza en defender á su legítima Soberana.

22. En medio del entusiasmo que manifestaban los húngaros por su Reina y que tan satisfactorio debia ser á María Teresa, hallábase sin embargo sumamente afligido el corazon religioso de esta Princesa. Entre los privilegios concedidos al reino de Hungría en fuerza de las repetidas instancias de los estados de la nacion, contábase tambien el libre ejercicio del protestantismo, y este solo punto bastaba para llenar de amargura á la Reina, cuyo principal deseo era la propagacion y defensa de la verdadera fe. Mandó, pues, que pasase á Roma en calidad de enviado extraordinario el padre Lugnago,

ya y nos alegramos en el Señor de vuestra constancia; pero no obstante esta justa persuasión, nuestra caridad paternal y el deber del ministerio apostólico, piden que velemos incesantemente por vosotros, á quienes quisiera el intruso arrastrar consigo á la perdición. Lisonjéese cuanto quiera, jamás podrá persuadir á nadie que vive en la unidad y comunión de la Iglesia el que está desgarrando su seno con un cisma. Despues de estas palabras, pasa el Pontífice á fulminar la excomunión contra Meindartz y sus fautores, declarándole cismático y suspendiéndole de todo egercicio de orden y jurisdicción. Y concluye de esta manera: „Tal es el remedio que adoptamos para llamar al camino de la salvación á aquella alma furiosa y desesperada: remedio fuerte en verdad, pero absolutamente necesario. ¡Ay de él si no conoce su importancia; y mas desgraciado aun, si conociéndola la desprecia!“ Todo fue inútil: á pesar de la doctrina y vivo celo de este gran Pontífice y contra todos los anatemas de su autoridad, la infeliz iglesia de Holanda continuó en el cisma, y el pseudo arzobispo de Utrecht permaneció inflexible en su obstinación.

25. Aunque los mas célebres doctores jansenistas miraron en otro tiempo como una verdad cierta y evidente la opinión de que no pertenece al cuerpo de Jesucristo el que se separa del cuerpo de la Iglesia, ó solamente de la Cabeza de la misma que es el Papa, como afirma espresamente Pascal (1); sin embargo, algunos de ellos mudaron posteriormente de opinión sobre

(1) *Pensées*, cap. 28.

este punto. No es suficiente, dicen los modernos discípulos de Quesnel, que un particular, una corporación eclesiástica ó una iglesia entera sean condenados y excomulgados por la santa Sede, para que deban llamarse condenados por la Iglesia universal y separados de su comunión. La autoridad de los Papas no basta, segun ellos, á producir tales efectos; y las constituciones, los juicios y decretos de la Sede apostólica, no tienen fuerza para separar de la comunión de los fieles, si no son espresamente autorizados y confirmados con el consentimiento de toda la Iglesia. Podria, pues, cualquiera, siguiendo estos principios, estar en comunicación con la Iglesia universal, sin estarlo con la santa Sede; podria, y aun deberia comunicar con los excomulgados por la Silla apostólica; en una palabra, podria ser buen católico, salvarse y aun adquirir la perfección y santidad estando separado de la comunión con el centro del catolicismo. Infírese tambien de esta doctrina, que cuantos cismáticos, hereges y excomulgados existieron antes del concilio de Nicéa y despues del de Trento, todos deben ser reputados por católicos y muertos en el seno y comunión de la Iglesia universal; porque no hallándose sus jueces autorizados espresamente por toda la Iglesia, no pudo ser suficiente la condenación del Papa, y mucho menos la de cualquiera iglesia ó concilio particular para hacerlos pasar por hereges, ó cismáticos ó excomulgados.

¡Cuán contraria es esta falsa opinión á la doctrina comun de los santos padres, de los doctores y de los concilios de la Iglesia católica, aun de los siglos mas

remotos! San Ireneo, San Cipriano, San Ambrosio, el venerable Beda, Alcuino é Iyon de Chartres; el octavo concilio general, los provinciales de Milevi, de Tours y otros muchos, tratando de esta importante materia, juzgaron y decidieron todo lo contrario de lo que opinan los modernos quesnelistas. Segun estos doctores y concilios, la verdad de la comunión católica nacia y se fundaba en la comunión con la Iglesia y con el Pontífice de Roma; por manera, que comunicar con la Sede apostólica, se reputaba lo mismo que comunicar con todos los obispos y mantener la unidad de la Iglesia universal; y al contrario, se juzgaba separado de la Iglesia y de la comunión y unidad católica, al que se apartaba de la comunión con el Papa y con la Iglesia romana. La autoridad, pues, de los Pontífices, fue siempre reconocida suficiente para rescindir del cuerpo de la Iglesia todo miembro corrompido con el cisma ó con el error; de modo que no temieron decir los antiguos padres que á la Iglesia romana era á quien pertenecía juzgar y condenar las sectas y heregías. Miraban como máxima incontrastable, no solo que nadie puede ser santo viviendo fuera de la comunión del Papa, sino tambien que nadie puede salvarse muriendo separado de esta comunión. El que quiera ser católico y no cismático, decian, siga la autoridad de la Iglesia romana; nadie se lisonjee de conservar la comunión de la Iglesia universal, si no conserva la del Papa, porque donde no hay Papa no hay Iglesia. ¿Pero á qué fin detenernos en la confirmación de una verdad, que no solo los antiguos padres y doctores, sino tambien todos los católicos de cualquier

tiempo y condición han comprobado siempre con su celo por conservarse unidos al centro y Cabeza del catolicismo? Para demostrar la falsedad de la doctrina de los jansenistas basta observar la conducta de todas las iglesias del mundo, que aun desde los países mas remotos han acudido siempre á la Cátedra de San Pedro para dar y recibir el testimonio de su comunión con la Iglesia universal por medio de su comunión con la Iglesia de Roma y con el sucesor del Príncipe de los Apóstoles.

26. Mostróse por este tiempo la necesidad y utilidad de la comunión de todos los fieles con el romano Pontífice en el gran beneficio que recibieron los cristianos de la América meridional de la caridad y solicitud pontificia de Benedicto XIV. Habiendo sabido con extraordinario dolor que algunos católicos, olvidando los sentimientos de amor y beneficencia propia del cristianismo, trataban cruelmente á los infelices habitantes del Rio de la Plata, del Brasil y de las inmensas llanuras de la América meridional; y que sin hacer distinción alguna entre los que permanecian infieles y los que habian recibido ya el bautismo, los reducian á la condición de esclavos, los cargaban de cadenas y los vendian á manera de bestias á otros comerciantes no menos crueles, no pudo contenerse el ánimo de este gran Papa en el silencio, y se dirigió á los obispos de Portugal para que impidiesen un abuso que tanto deshonoraba á la Religión y á su principal carácter que es la caridad. „Aquella caridad inmensa, les decia, por la que el Príncipe de los pastores Jesucristo bajó del cielo á la tierra á fin de dar la vida á los hombres; aquella caridad por la que

se sacrificó á sí mismo para la redención de muchos, nos mueve y escita tambien á nosotros á ofrecer en sacrificio nuestra alma , no solo por los cristianos , sino por todos los hombres indistintamente. Aunque constituidos sobre esta santa Sede apostólica , á la que se recurre de todas partes á implorar sus consejos y auxilio en las mas graves necesidades de toda la cristiandad , debamos , segun los institutos de nuestros predecesores , permanecer fijos en ella para gobernar desde Roma toda la Iglesia; y no podamos , como desearia nuestro corazon , trasladarnos á los países mas remotos para egercer en ellos nuestro ministerio apostólico , á fin de ganar las almas redimidas con la preciosa sangre de Jesucristo: sin embargo , no queriendo que exista nacion alguna bajo del cielo privada de los beneficios de la autoridad y solicitud apostólica , recurrimos á vosotros , venerables hermanos y cooperadores nuestros en el cultivo de la viña del Señor , para que tomeis parte en nuestra vigilancia pastoral , y llenando los deberes que se os han impuesto , podais obtener en el cielo la corona que está reservada á los que legítimamente pelearon sobre la tierra.”

Despues de este exordio pasa á exhortar paternalmente á los obispos de Portugal , y mas en particular á los del Paraguay , del Brasil y del Rio de la Plata , á que concurren con todo su celo y autoridad al socorro de aquellos infelices esclavos; y no contento el caritativo Pontífice con renovar y confirmar todos los decretos que espidieron sus predecesores contra los que maltratando á los indios impedian su conversion y les hacian mirar con horror la religion de sus opresores , lanzó los rayos

de la Iglesia contra los que en adelante osaren repetir semejantes actos de opresion y tiranía. Finalmente , concluye su amorosa exhortacion diciendo á los obispos de aquellas colonias: „velad sobre la grey que se ha encargado á cada uno de vosotros , cumplid exactamente vuestro ministerio , y procurad que vuestro celo y caridad correspondan al sublime lugar que ocupais en la casa de Dios , teniendo siempre delante los ojos de vuestra alma la estrecha cuenta que deberemos un dia dar al Príncipe de los pastores de las ovejas que confió á nuestra direccion.” Esta benéfica exhortacion de Benedicto XIV produjo , como era de esperar , el deseado efecto en el ánimo de un Príncipe verdaderamente piadoso cual era Juan V, y de unos obispos tan egemplares y celosos como han sido en todo tiempo los de España y Portugal; y el resultado fue mejorar la condicion de los habitantes del Nuevo-Mundo , apartando de ellos en cuanto fue posible la opresion y esclavitud.

27. Atento siempre el gran Benedicto á todo lo que podia contribuir al bien de la Iglesia y de sus hijos, mientras que procuraba aliviar la suerte de los indios oprimidos , trataba tambien de conservar ó restablecer sólidamente las relaciones de paz entre la santa Sede y los Príncipes cristianos , manteniendo intactos los derechos de la justicia y equidad. En el segundo año de su pontificado terminó felizmente las serias contestaciones que agitaron por algun tiempo las córtes de Roma y de Nápoles en orden al tribunal de la monarquía en Sicilia. La congregacion que estableció el Papa á este efecto, despues de haber conferenciado detenidamente con el

capuchino, á fin de que informase al Sumo Pontífice del estado de las cosas y de la necesidad absoluta que la habia obligado á otorgar á los protestantes de Hungría sus demandas para el libre ejercicio de su religion. En efecto, el sábio y celoso ministro representó al Papa, que apesar de la sincera adhesion de la Reina á la fe católica y á la santa Sede, no habia podido menos de dar aquel paso tan contrario á su voluntad; porque formando los protestantes cuasi la mitad del pueblo de Hungría, peligraba la suerte de su Soberana negándose á acceder á sus peticiones: pero que no obstante, deseaba la Princesa y rogaba al Santo Padre que le manifestase su opinion sobre el particular, y la dirigiese con sus sábios y útiles consejos. „Nada hay, contestó el Pontífice al padre Lagnago, nada hay que mejor pruebe el estado miserable á que se vé reducida aquella Soberana, como el verla tolerar la heregía y esperar su socorro y asistencia de los hereges. Ya, pues, que esta infelíz Princesa se halla en la necesidad de transigir con los enemigos de la Religion católica, procure al menos con la mayor vigilancia, que no padezca perjuicio alguno esta misma religion que fue siempre la de sus augustos progenitores. Aprovechese de los socorros que la ofrecen los enemigos de la santa Iglesia; pero que no cedan éstos en daño de la misma: sea siempre indulgente y benigna para con sus súbditos, pero conserve intacta la Arca del Señor.”

Habiendo despues el ministro manifestado á Benedicto que su Reina se inclinaba ya á tratar de un acomodamiento con los pretendientes á la sucesion de Carlos VI, para lo cual pedia á su Santidad que la

ausiliara é interviniera á su favor con las córtes que se la habian manifestado enemigas, el Santo Padre que ya anteriormente se habia declarado en favor de la Reina, espidió de nuevo algunos breves á París, á Madrid, á Munic (córte entonces del elector de Baviera) y á Dresde, en los que desplegando el augusto carácter de Padre comun de los fieles y la grandeza propia de su alma, pintaba los no merecidos infortunios de la Reina de Hungría; y no omitiendo razon ni espresion alguna que pudiese persuadir ó mover á aquellos Soberanos á desistir de sus empresas guerreras, ofrecia á todos su paternal mediacion para conciliar las diferencias suscitadas sobre la herencia y sucesion del difunto Emperador. Mas todo fue inútil; y María Teresa, que debia mirarse como la primer Princesa de su siglo, estaba destinada por la Providencia á sufrir en los mas bellos años de su vida todas las desgracias y reveses que pueden acaecer á un Príncipe.

23. Aun antes de manifestar Benedicto XIV su noble empeño á favor de la piadosa Reina de Hungría, habia ya dado á conocer su ardiente celo por los intereses de la Religion, escribiendo á todos los patriarcas, primados, arzobispos y obispos del mundo cristiano una circular, en que los exhortaba á emplear todas sus fuerzas para mantener todo el vigor de la disciplina eclesiástica en el clero y en los pueblos. „No hay cosa alguna, dice el sábio Pontífice, mas apta á edificar al pueblo cristiano, como el buen ejemplo de los eclesiásticos. No sean, pues, admitidos indiferentemente á las sagradas órdenes todos los que se presenten, sino solamente aquellos

cuya piedad, prudencia y doctrina les constituyan ministros útiles á la Iglesia, que aprecia mas el mérito y la santidad que el gran número de sus ministros. Establézcanse para esto seminarios en las diócesis donde no los haya, y en las que ya los tienen aumentese el número de los alumnos, á fin de que los llamados á la suerte del Señor se formen como tiernas plantas y se instruyan desde su niñez en la piedad, en la integridad de costumbres y en la doctrina canónica." Prosigue despues el Pontífice esplicando cuáles deben ser los méritos y cualidades de los que son destinados por los obispos á la cura de almas, ó á sentarse en el tremendo tribunal de la penitencia: inculca á los prelados la obligacion de residir en sus propias iglesias ó diócesis, para velar desde cerca sobre aquella porcion de la viña que el Señor ha cometido á su cuidado, y los amonesta por fin con toda la elocuencia de las palabras é imágenes mas sublimes á cumplir exactamente todas y cada una de las funciones del ministerio episcopal, para que pudiesen presentarse así como perfectos modelos á sus rebaños, ser contados entre los dignos sucesores de los Apóstoles y entre los fieles dispensadores de los misterios de Dios, y recibir de aquel que juzga á las mismas justicias la corona debida á los guardas vigilantes de la casa de Israel que es la santa Iglesia.

24. Poco despues de publicada esta circular, revolvió Benedicto su celo pastoral sobre la desgraciada Iglesia de Holanda, profanada, segun vimos, por el intruso arzobispo de Utrecht Pedro Meindartz, cuya eleccion habia anulado Clemente XII. Habiendo, pues, examinado

detenidamente el carácter del intruso y las circunstancias de su eleccion y consagracion, dirigió Benedicto un breve á los católicos de Holanda para afirmarles en la verdadera fe y en su union con el centro del catolicismo. „No hemos podido, les dice, oir sin horror y sin experimentar el mas cruel sentimiento, que Juan Pedro Meindartz, ensordecido á las paternales amonestaciones de nuestro predecesor, y sin que le atemorizasen los anatemas de la Iglesia, se ha abandonado mas que nunca á los escesos de su furor y fanatismo haciéndose consagrar sacrilegamente. Hemos consultado largo tiempo al Señor lo que debiamos hacer de un hijo tan desnaturalizado, que léjos de oir la amorosa voz de su padre se endurece mas y mas cada dia; y solo hemos oido resonar aquella voz mas terrible que todos los rayos: *Medicinamos á Babilonia, y no ha curado; abandonémosla pues* (1). A vosotros por tanto, amados hijos, á vosotros que sois nuestro gozo y corona dirigimos todo nuestro cuidado; y cuanto os hallais mas cercanos y espuestos á las asechanzas de ese lobo implacable, con tanto mayor empeño os exhortamos á manteneros firmes en la fe que recibisteis de la Silla apostólica, madre y maestra de todas las iglesias. No os dejéis arrastrar fuera del sendero de la justicia escuchando las palabras venenosas contenidas en la fraudulenta pastoral que el intruso ha osado esparcir entre vosotros con el malvado fin de seducir á los incautos, consolidar el cisma y desgarrar la vestidura inconsutil de Jesucristo. Sabemos

(1) *Jerem. cap. 51, v. 9.*